

Introducción

Pedro López Barja de Quiroga

Universidad de Santiago de Compostela

pedro.barjadequirola@usc.es – orcid: 0000-0002-6983-1342

Antonio Duplá Ansuategui

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

antonio.dupla@ehu.eus – orcid: 0000-0001-7566-0482

«Algunas de las interpretaciones de los historiadores de la Antigüedad clásica se han convertido, al mismo tiempo, en una expresión singularmente acertada de la realidad de su propia época, pero no pocas veces han conservado su vigencia hasta hoy día».
Christ 1972, 7¹

En 1930, José Ortega y Gasset formulaba como el principal problema de la vida pública europea el del advenimiento de las masas al pleno poderío social. Con esa frase precisamente arrancaba su libro más influyente, *La rebelión de las masas*, en el que diagnosticaba

1. *Manche der klassischen althistorischen Darstellungen sind so zugleich ein besonders sinnfälliger Ausdruck ihrer Zeit geworden, aber nicht selten dennoch bis heute lebendig geblieben* (traducción nuestra).

con precisión de cirujano el asalto de las masas a la vida política, desplazando a las élites, a las aristocracias excelentes, que eran quienes, por su formación superior, decía Ortega, estaban llamadas a gobernar los pueblos. El hombre medio, que es el que no quiere singularizarse sino sentirse uno más entre todos, impone su criterio, que consiste precisamente en la falta de tal. De ahí nace la grave crisis que él percibe y sobre la que advierte, porque esta alteración profunda del orden social recto no había ocurrido jamás en la Historia, con la única excepción, afirma, del Imperio romano, con sus espectáculos de masas, pero ahora los nuevos bárbaros ya no proceden del exterior de las fronteras, sino que viven entre nosotros. La decadencia es el destino inevitable que aguarda a las sociedades que sufren esta indocilidad de las masas, esta suficiencia del «hombre vulgar», sordo a toda educación, que se cree en posesión de la verdad y se niega a esforzarse por aprender nada fuera de sí mismo. La cuestión no es meramente política -prosigue diciendo el filósofo español-, sino de alcance mucho más profundo, porque se refiere a la manera en que las personas se perciben a sí mismas y a su lugar en la sociedad y en el mundo. Formula su tesis de manera especialmente lúcida en el siguiente párrafo:

En una buena ordenación de las cosas públicas, la masa es lo que no actúa por sí misma. Tal es su misión. Ha venido al mundo para ser dirigida, influida, representada, organizada -hasta para dejar de ser masa, o, por lo menos, aspirar a ello. Pero no ha venido al mundo para hacer todo eso por sí. Necesita referir su vida a la instancia superior, constituida por las minorías excelentes².

Esto era para Ortega una ley de la ciencia social más incontrovertible aún que las leyes de la física de Newton. Naturalmente, la distinción que él quiere trazar es, podríamos decir, esencialmente ética o incluso psicológica, pues separa dos tipos de personas, dos caracteres: el aristocrático y el hombre-masa. No pretende hacer un análisis social, aunque inevitablemente éste se cuele una y otra vez en sus páginas. No hay una correspondencia exacta entre las que él llama «minorías excelentes» y las clases altas en un sentido socioeconómico, como tampoco lo hay entre el hombre-masa y las clases populares, pero sin duda las excepciones en ambos casos resultan poco relevantes y pueden fácilmente olvidarse. El diagnóstico era certero en el sentido de que las preocupaciones de Ortega eran ampliamente compartidas por los intelectuales europeos de principios del siglo XX. Resulta muy elocuente la coincidencia en el fondo del asunto entre ellas y el colofón con el que Rostovtzeff quiso cerrar, en 1925, su *Historia social y económica del Imperio romano*:

¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar en las masas?³

2. Ortega, 1947, p. 221.

3. Rostovtzeff, 1981, p. 489.

El impacto de esta nueva realidad se hizo sentir con fuerza en los estudios sobre la historia social de la Tardía República romana: se hizo sentir, decimos, en el esfuerzo de unos por entender cómo se había logrado conservar el predominio de las élites o el de otros por estudiar a esas masas o, al menos, a diversos grupos dentro de ellas. Los primeros quisieron desentrañar los mecanismos con los que gobernaban las minorías, ya fuesen estructuras estables («partidos» o «facciones») o bien formas más sutiles y desestructuradas, capaces, sin embargo, de garantizar el consenso; los segundos pusieron de relieve los instrumentos de acción política de la plebe, ya fuera en el ejército, ya mediante el voto en la asamblea o a través de actos y reuniones celebrados en los espacios públicos de la propia Roma.

Todas estas diversas reflexiones, no siempre contrapuestas entre sí, trasladaban ideas y experiencias del convulso siglo XX a la Roma tardorrepública, convertida, de este modo, en espejo contra el que los historiadores proyectaban la imagen de sus propias convicciones. El objetivo de este monográfico no es, por lo tanto, presentar una síntesis de las publicaciones de los autores seleccionados ni sus contribuciones más significativas, sino ver cómo sus concepciones, consideradas tan a menudo como «neutrales» o «asépticas», un fiel trasunto de lo que nos dicen las fuentes clásicas, en realidad se hallaban profundamente marcadas por la dialéctica entre elites y masas que recorrió todo el siglo XX. Por ello, la perspectiva no es la misma que la de los estudios monográficos que se han dedicado ya a varios de los historiadores aquí considerados, ni tampoco se pretende hacer aquí un «estado de la cuestión» sobre la historiografía republicana (los hay excelentes y recientes)⁴.

Los editores hemos articulado este monográfico en torno a ese parteluz que separa las aristocracias de las masas. Pretendemos llevar a cabo un estudio en nueve capítulos de las influencias que ejercieron las diversas tendencias políticas (del conservadurismo y el fascismo al marxismo) en la labor de los principales historiadores de Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia e Italia, un recorrido que eclosionó, a finales de ese siglo XX, con el debate en torno a la caracterización de Roma como una democracia. Ahora bien, en lugar de aristocracia y masa, en el sentido orteguiano, hemos preferido distinguir entre «clase política» y «clases apolíticas». Esto requiere una explicación. Al comienzo de *La revolución romana*, Syme sintetizó en una sola frase el proceso que iba a describir en las quinientas páginas siguientes: «Italy and the non-political orders in society triumphed over Rome and the Roman aristocracy»⁵. Esta referencia a los órdenes o clases no políticos –«non-political classes»⁶– remite directamente a los postulados de Gaetano Mosca (1858-1941), uno de los politólogos que elaboraron la llamada «teoría de las elites». Mosca era un conservador convencido, que alcanzó renombre sobre todo gracias a su obra *Elementi di scienza politica* (1896, 3ª ed. en 1939), en donde rechazó tajantemente las clasificaciones tradicionales de las formas de gobierno fundadas en quién gobierna en cada circunstancia, es decir, si lo hacen los muchos, los pocos o uno solo. En realidad, sostiene Mosca, siempre gobierna la minoría, a la

4. Pina Polo, 2019; Rosillo-López, 2021.

5. Syme, 1939, p. 8.

6. Syme, 1939, p. 513.

que él denomina la «clase política». El apotegma de Syme –«Roman history... is the history of the governing class»– es una fórmula elegante que condensa la visión de Mosca, aunque sin citarlo, salvo indirectamente, acuñando esa peculiar expresión, las «non-political classes», que viene a ser un negativo de la conocida de Mosca. Los editores hemos preferido adoptar este término porque viene a reflejar la influencia (seguramente indirecta) de la teoría política contemporánea incluso en los historiadores más abiertamente hostiles a ella.

Karl-Joachim Hölkeskamp abre el dossier estudiando la figura de Friedrich Münzer, a quien puede considerarse el fundador de la tesis «faccionalista», esto es, la tesis según la cual las relaciones familiares adquieren un carácter estable, se convierten en facciones, y estas últimas logran de ese modo hacerse con el poder político. El estudio prosopográfico, en el que fue un consumado maestro, podía revelarle al historiador esta realidad escondida. A continuación, Federico Santangelo y Eugenia Vitello logran arrojar algo de luz sobre la hermética biografía de Ronald Syme, en los complejos y duros momentos de escritura de *The Roman Revolution*. Muestran cómo los profundos cambios políticos que vivía Europa en los años 30 llevaron a Syme a cambiar el tema de su investigación, centrada hasta entonces en la historia militar, y comenzar a interesarse -de un modo, como es bien sabido, abiertamente crítico- por la figura del primer emperador. De manera no muy distinta, la evolución política italiana durante los años 20 y 30, que ella siguió muy de cerca, subyace en el contenido de *Party Politics* de Lily Ross Taylor, como lo destaca con fuerza Cristina Rosillo en su estudio. A diferencia de otros historiadores, Ross Taylor no quiso ocultar la presencia e importancia de los acontecimientos contemporáneos en su obra. Cierra este primer apartado el estudio de Pedro López Barja y Héctor Paleo sobre dos historiadores contrarios a la tesis faccionalista: Mathias Gelzer y Christian Meier. El hilo que les une a ambos es el común rechazo al liberalismo como doctrina política, un rechazo que, en el caso del segundo, bebe en el manantial de la teoría política conservadora y en particular en la obra de Carl Schmitt.

La segunda parte del dossier se refiere a la participación o, en su caso, resistencia, de las masas, indispensables para que un régimen oligárquico pueda funcionar: soldados, ciudadanos, plebe urbana... En sus artículos sobre el ejército romano, escritos en la inmediata posguerra, Gabba, como lo muestra François Cadiou, concibe al ejército romano de la Tardía República como un instrumento de venganza de los ciudadanos pobres y al mismo tiempo una herramienta en las manos de generales ambiciosos en su lucha por el poder. Desde una óptica *risorgimentale*, lamenta la pérdida de valores cívicos, resultado de la transformación del ejército romano en una milicia profesional. El ciudadano debe defender su patria, es ésta una tarea que no se debe delegar jamás, pero no es la única. Nicolet exploró las múltiples facetas del «oficio» de ciudadano, en una aportación decisiva que, como muestran Frédéric Hurlet y Pascal Montlahuc, vino a ampliar la visión reduccionista predominante entonces y limitada al estudio de las élites. Las ideas políticas de Nicolet a la altura de 1973, alejadas tanto de los comunistas como de los gaullistas, le permitieron esbozar un sistema político «geométrico» en el que se equilibran los derechos y los deberes de los ciudadanos según el lugar que ocupan en la sociedad. En cuanto a Peter Brunt, un declarado empírico que desdeñaba los enfoques teóricos, su acercamiento a la Tardía República supuso llamar la atención sobre dos factores poco atendidos hasta entonces: los pobres y el conflicto. Aunque ciertamente crítico

con el marxismo, es probable que en esta nueva perspectiva tuviera algo de peso e influencia, como lo señala Antonio Duplá, el grupo de «historiadores marxistas británicos», muy activos en el Oxford de los años 50. Treinta años más tarde, como muestra Valentina Arena, las reformas del gobierno conservador de Margaret Thatcher, y en concreto, sus ataques contra los derechos de los ciudadanos, el estado de derecho y la libertad académica, fueron el detonante que provocó la reacción de Fergus Millar y en última instancia, hizo estallar, en los años 80 y 90, el intenso debate sobre la democracia en Roma, es decir, a favor o en contra de las tesis de Fergus Millar.

No es fácil determinar con precisión el lugar en el que nos encontramos ahora. Con todo, una cosa está clara: una vez que se han calmado las encrespadas aguas del debate en torno a cómo definir el sistema político tardorrepblicano, es el momento de aprovechar algunas de las islas que la marea, al retroceder, ha hecho aflorar por primera vez. Una de esas islas se llama «ideología». Ha sido un dogma compartido por la mayor parte de los historiadores del siglo XX que en la Roma Tardorrepblicana las ideologías, las palabras y los discursos no eran más que simple propaganda de la que haríamos bien en desconfiar. Francisco Pina Polo, en el capítulo que cierra este dossier, resalta el cambio de rumbo que parece atisbarse ya y que permite sospechar que la investigación sobre las ideas, las palabras y los conceptos puede convertirse en uno de los principales temas a los que los historiadores prestarán su atención en los años venideros.

Sólo nos resta ya la agradable tarea de agradecer sus aportaciones a todos los autores que, aceptando nuestra propuesta, han contribuido con entusiasmo y acierto a este esfuerzo colectivo por desentrañar las claves ideológicas que han vertebrado la historiografía sobre la Tardía República a lo largo del siglo XX.

Bibliografía

- Christ, Karl (1972). *Von Gibbon zu Rostovtzeff. Leben und Werk führender Althistoriker der Neuzeit*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Ortega y Gasset, José (1947). *Obras completas*, vol. IV. Revista de Occidente.
- Pina Polo, Francisco (2019). Idea y práctica de la democracia en la Roma republicana. *Gerión*, 37, pp. 379-397.
- Rosillo-López, Cristina (2021). Los estudios sobre la República romana en la actualidad en España, Francia, Italia y Alemania. *Anabases. Traditions et Réceptions de l'Antiquité*, 34, pp. 49-146.
- Rostovtzeff, Mijaíl I. (1981). *Historia social y económica del Imperio romano*, vol. II. Espasa-Calpe.
- Syme, Ronald (1939). *The Roman Revolution*. Clarendon Press.